

truosos desórdenes, quisísteis enseñar al hombre que la razón sola, entregada á sus propias tinieblas, es capaz de todo, y que ella no puede guiarse á sí misma sin caer en unos abismos de donde solamente vuestra fe y vuestra luz puede sacarla.

Finalmente, si el estar viciada la razón nos da á conocer la necesidad que tenemos de un remedio que la cure, sus inconstancias y sus eternas variedades enseñan también al hombre que no puede vivir sin un freno y una regla que la fije.

Y si fuera permitido á la brevedad de un discurso el decirlo todo, os refiriera aquí las vanas disputas, las infinitas cuestiones y las opiniones diferentes que antiguamente dividieron las escuelas de la filosofía pagana. Y no juzgueis que esto era en aquellas materias que parecia haberlas entregado Dios á las disputas de los hombres, sino sobre la naturaleza del mismo Dios, sobre su existencia, sobre la inmortalidad del alma y sobre la verdadera felicidad.

Unos dudaban de todo, á otros les parecia que todo lo sabian; unos no querian Dios alguno, otros se los fabricaban á su fantasía, esto es, algunos pensaban que era un Dios ocioso, que miraba con indiferencia todas las cosas humanas, que dejaba tranquilamente á la casualidad el gobierno de su propia obra, como si fuera un cuidado indigno de su grandeza é incompatible con su descanso; otros le tenían por esclavo de los hados y sujeto á unas leyes que él mismo no se habia impuesto; unos creian que estaba incorporado con todo el universo, que era el alma de este vasto cuerpo y parte de un mundo que todo es obra suya. No sé lo que diga, pues no puedo decirlo todo. Cuantas eran las escuelas, otras tantas eran las opiniones en un punto tan esencial. Cuantos siglos ha habido, otras tantas han sido

las extravagancias acerca de la inmortalidad y naturaleza del alma: en unas partes la tuvieron por un conjunto de átomos, en otras por un fuego sutil; unos decian que era un aire delicado; en otra escuela se enseñaba que era una porción de la Divinidad; unos la hacian morir con el cuerpo, otros la hacian vivir antes que el cuerpo; algunos la hacian pasar de un cuerpo á otro, del del hombre al del caballo, de la condicion de una naturaleza racional á la de los animales incapaces de razón.

También hubo quien enseñase que la verdadera felicidad del hombre se hallaba en los sentidos; muchos la pusieron en el entendimiento; otros creian hallarse solamente en la reputacion y en la fama, muchos en la inaccion y en la pereza, y lo mas deplorable es que la existencia de Dios, su naturaleza, la inmortalidad del alma, el fin y la felicidad del hombre, puntos todos tan esenciales para su destino, tan importantes para su eterna felicidad ó desdicha, eran no obstante unos problemas que por ambos partidos solamente estaban destinados á dividir el ocio de las escuelas y la vanidad de los sofistas, y unas cuestiones inútiles, en las que nadie se interesaba por averiguar la verdad, sino solamente por la gloria de haber vencido; así, ¡oh gran Dios! os burlábais de la sabiduría de los hombres.

Si entramos en los siglos cristianos, ¿quién podrá referir aquí aquella variedad de sectas que en todos los tiempos han dividido la unidad por seguir extrañas doctrinas? ¿qué abominaciones las de los gnósticos? ¿qué extravagancias las de los valentinianos? ¿qué fanatismo el de Montano? ¿y qué contradicciones las de los maniqueos? Registrad todos los siglos uno á uno, y como es necesario que haya herejías para probar á los justos, vereis que en cada edad ha sido la Iglesia tristemente despezada por ellas.

Basta el acordarse de las disensiones del siglo pasado. Despues que nuestros hermanos se separaron de nosotros, ¿qué monstruosa variedad no se observa en su doctrina? ¿cuántas sectas han nacido de una secta? ¿cuántas asambleas particulares de un mismo cisma? *Aquel ilustre reino¹ que nos era tan amado por su vecindad, por sus desgracias y por unos augustos y sagrados lazos,² ¿á cuántos diferentes partidos sobre la religion se halla hoy entregado?* ¿con cuántas opiniones y sectas se halla hoy despezada aquella Iglesia tan venerable y en otro tiempo tan fecunda de santos? Allí cada uno es para sí mismo su ley y su juez, y la religion dominante es, por decirlo así, el no tener ninguna. ¡Oh fe! ¡oh don de Dios! ¡oh luz divina que vienes á iluminar un lugar oscuro, y qué necesaria eres para el hombre! ¡Oh regla infalible bajada del cielo y dada en depósito á la Esposa de Jesucristo, siempre la misma en todos los siglos, siempre independiente de los lugares, de los tiempos, de las naciones y de los intereses, y cómo es preciso que sirvas de freno á las eternas inconstancias del espíritu humano! ¡oh columna de fuego, tan oscura y luminosa al mismo tiempo, y cuánto importa el que siempre guies el campo del Señor, el tabernáculo y las tiendas de Israel por entre los peligros del desierto, los escollos, las tentaciones y los caminos oscuros y desconocidos de esta vida!

¿Qué utilidad sacareis vosotros, católicos, de este discurso, y qué podré deciros para concluir? Vosotros decís que teneis fe; manifestad vuestra fe por vuestras obras. ¿De qué os habrá servido el creer si vuestras costumbres han desmentido vuestra creencia? El Evangelio aun es mas

¹ Inglaterra.

² Jacobo II, rey de Inglaterra, y la reina su mujer, estaban en San German de Lays.

religion de corazon que de entendimiento. La fe de los verdaderos cristianos no es una simple sujecion de la razon; es un piadoso movimiento del alma, es un continuo deseo de ser semejantes á Jesucristo, es una aplicacion infatigable á destruir cuanto se halla en nosotros opuesto á la vida de la fe. Hay una incredulidad de corazon tan peligrosa para la salud eterna como la del entendimiento. Un hombre que se obstina en no creer despues de todas las pruebas de la religion, es un mónstruo que horroriza; pero un cristiano que cree y vive como si no creyese, es un insensato cuya locura es incomprendible; el uno se condena como desesperado, el otro como insensato, que se deja llevar tranquilamente de las olas y que cree poder salvarse de este modo. Haced, católicos, cierta vuestra fe con vuestras obras; y si os horrorizais solo con oír nombrar al impío, horrorizaos tambien de vosotros, pues la fe nos enseña que la suerte del mal cristiano no será diferente de la suya, y que tendrá el mismo destino que los infieles. *Partem ejus cum infidelibus ponet.* Conformad vuestra vida con vuestra creencia. Esta es la fe de los justos y la única á quien están hechas las promesas eternas. Amen.

